



(Muerte de Luis XI, dibujo inédito de Tomas Jehanot)

EL CRISTIANISMO.

(Conclusion.— Véase el número 32.)

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como cosa, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podia matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La mas remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura, y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los putros en que se esfiraban los miembros hasta descoyuntarlos huesos. Un pueblo en que el homicidio se había convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres dias, en cuyo espacio morian en la arena diez mil gladiadores, ¿podia tener sentimientos penarosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mugeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos recibían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las carísimas Esclavas compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los cóéibes, pero la union á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppæa vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitucion. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una muger que llevaba ocho maridos en cinco años, y San Gerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez había tenido veinte y dos maridos. ¡Jerguese cuál debia ser la educacion de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó parecian antes de nacer, ó los dejaban abandonados, esponiéndolos en la via pública.

En ayuda de una religion y de una legislación que está autoriza-

ban la tiranía y la esclavitud, y que así conducian á la disolucion de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoismo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoismo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molice y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer aun, atestigüándolo únicamente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del afuar de sus palacios. Calígula hizo guardarse de perlas las proas de las galeras de cedro en que costó los bellisimos playas de la Campania. Con perlas adornaba Nerón los techos de sus livianidades. Con perlas atavaban los nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediódia, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de pedreros y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenia una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molice y de la aseminacion: las ricas matronas, ademas de la multitud de mugeres que en su tocador empleaban, hacian gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitucion. De Nerón dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popæa tal copia de bálsamos esquivitos que toda la Arabia no podria producirlos en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasion en honor de su suegro y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de árnimas preciosas, ó hizo correr los bálsamos y los unguentos por el vestibulo y gradetas del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarrenglo, el estrago, la locura á que habían llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos esperadores de Roma, como la descripcion que hace Lucipridio de la vida de Eliogabaló. «Alimentaba (dice) á los oficiales de su apalacio con entradas de berbe de mar, con sesos de faisanes y de otros, con huesos de perdia y rabetes de papagayos. Daba á sus

apenas higradas de faldas, á sus caballos ovas de Apemont, á sus alcornoques papayatos y faisanes. El comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de párvos reales y de rubicónes, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una estancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedruzcos de achar, y arroz mezclado con perlas... Un día ofreció á sus parásitos el ave fenix, y á falta de ella mil libras de oro... Ellográbalo (dijo el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los max. esquisitos, y hacia decremar el nardo á eschaleradas... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas, nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija, ni la misma alhaja: no conoció jamás dos veces una misma muger. Los amoladores con que se acostaba llenábanse de una especie de vello de pluma de las alas de las p. rificas. A un carro de oro embudido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), unció dos, tres, y cuatro mugeres hermosas con el seno descubiertas, y hacia que le arrastrasen en su carroz. Algunas veces iba desahogado como su elegante lino, y rodaba por debajo de los pórticos, sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Horas (1). No sabemos cual imita mas, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravación de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianca con la sensualidad epicúrea. En consecuencia la incredulidad, nacida en los pervertidos patriotas de su misma religión, en la plebe de la imitación y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supereritción y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupción en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á que conducía el estoicismo? ¿á que guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podéis soportar tanta disolución, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Seneca, suicidada. La escuela estoica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fría insensibilidad, con la imposibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabía los estoicos morir y no sabían vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las dadas cuando entró el centurión á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *aguardad un poco, voy á contar los paños.* ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba más vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en éllo había, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupción nueva en vez de corregir la corrupción antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al volgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adriano, y los Marco Aurelios, contuvieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacía cometer ó proclamar ó estraviar. Echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía: había una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo había recorrido todos sus fases, y se encontraba desacreditado; se recurrió á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran ineffectas para contener la desmoralización. Necesitábase una revolución general en los espíritus y en las costumbres. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde había de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincón de la Judea había nacido el que tenía la misión divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva proclamando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda presente la inocencia, no solo en las obras sino también en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria había sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se había declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y concedido el esclavo á todas las miserias, y además al embaucamiento intelectual y moral, vivía sin existencia religiosa, sin asociaciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan estinguídos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende

todo á inspirar horror á la efusión de sangre... Véase aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinación de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los escases del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de zanguiarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo y el mundo creó por primera vez: «no hay mas que un solo Dios verdadero.» Habían pasado entre mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: « todos son hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos; » hasta que Cristo vino á enseñarnos esta sencilla máxima que á todos se les había escapado. A los tiranos les dijo: « todos los hombres son iguales ante Dios; » y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los eclesíacos les dijo: « todos los hombres son libres; » y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: « los gozos materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo » y á los estoicos: « no os suicidéis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de esta mundo; » y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: « bienaventurados los humildes; » y los ricos: « la mayor de todas las virtudes es la caridad. » Los sabios habían ignorado el medio de contener la corrupción universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la muger compañera del hombre y no esclava, emancipó non esto solo á la mitad del género humano. No había salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolución moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religión, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de fraguezas ó de vicios humanos enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancha. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habían producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no había gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominación de la fuerza bruta, el que proscribía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipación del pensamiento; el que decía á los súbditos: « obedeced, pero sin servidumbre; » y á los príncipes: « gobernad, pero sin tiranía: » el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarmentaron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sentir con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de abnegación, de amor y de caridad. Fue el primer mártir de su culto. El se había presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislación eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habían nacido en los entendimientos de los sabios, de allí se transmitían á las inteligencias de segundo orden, y por á poco se difundían por el pueblo. Este es el orden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rulos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sabios y filósofos, y había de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagación tenía que haber algo de sobrenatural. Había en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguían practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolución, inmundicia, prostitución; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los manebos idólatras acudían anualmente al sepulcro de Dionces, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que discurrir como escitas su apetito sin embudado, estos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frías y reguladas por la necesidad, no por la gula; vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fasto, y no mantenían esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mugeres, esponían sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitución; los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educación de los hijos, ostentaban

(1) Lempé, Hist. Anc. in VI. Elig.

chaban las relaciones de familia con lazo de amor. Mientras aquellos asistían con placer á las gomasias, é se regociaban con los sacrificios espectaculares del circo, y se soberaban con los sacrificios humanos, estos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes chozas, asistian á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado habia un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que parlían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas era una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sangulnarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Nerón hasta Diocleciano, e incluso los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No habia medio para los cristianos de librarse de la persecucion. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del báculo del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan quarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el estado, ¿Adigá una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenia una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitan en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres é por leones cubrian la arena del circo, y los que no eran derribados en las llamas, eran despuñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verbuges, á quién se fatigara primero, y á quién faltara mas pronto, si las victimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años, eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á los veces tiernos niños que apenas se habian desprendido del regazo maternal; eran doncellas jóvenes que no habian probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si caminara al festín de las bodas; no por hasta de la vida como los estólidos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan baratas? ¿Quién transformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiracion los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mugeres, y acababan por convertirse á aquella religion que parecia tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oia por primera vez sonar en sus oidos una doctrina filosófica que comprendía un principio esencial que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y detenia cuánto iba á mejorar su condicion en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningun filósofo habia enseñado todavía, ni él se habia imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los mas dispuestos á creer son siempre los mas oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los gozos materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de exámen y de discusion entre los sabios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesús, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotrajaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platon y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo; y resultó de la comparación que los sabios no solo se hicieron creyentes; sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habian llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insanias*, era lo mas sublime que habia estado de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron enton-

ces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los eloquentes escritos apologeticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandria, de Cipriano, de Lactancio y de Origenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. *Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios*, les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon. *Conduciré á Roma, en magnífico linaje*. Los apóstoles obraron de Mateo y Venise pero no, *convidete; no es magnifico el canto que enseña la idolatría*. *Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, os corrompen en espíritu*...

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases mas elevadas de la sociedad romana; ya los magistrados, los patriotas, las matrones, no se desdoblaban de creer: el sentimiento religioso se habia ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios; ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se habia atrevido á poner la imagen de Jesús entre las de Abraham y Apuleio. Marco Aurelio se habia hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legion Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se entendia la nueva fé por las provincias romanas, sino que habia franqueado los límites y barceras del imperio; ya cuando por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no habia llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por rocas y lugares en que ni siquiera se sabia que existia Roma, y qué habia un senado, y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las mas importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicacion con la metrópoli, no pudo quedar no tenen conocimiento de la doctrina que habia venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradicion, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fé cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península, cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarán hasta los confines de la tierra. El rey, el hijo del trono, como se le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fé en las comarcas de Galicia, donde erigió de sus mas esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalem, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo ofiera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo á la iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (2).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo tambien la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Nerón habia logrado hacerse discípulo y ganar prosélitos. El eloquente apóstol dirige su rumbo hacia las regiones de la Península á que no habia podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (3).

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto habia de prevalecer, y donde tanto habia de fructificar la semilla de la fé. A pesar del odio que en España ejercian los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habian hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar

(1) Véase Flores, España Sagrada, tom. III. Morales, Cron. general.—Molina, Grandezas de España.—Martín, Hist. Román: tom. VIII.—Ningun lo estrangero de la vida del apóstol Santiago á España y su predicacion en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar la tradicion solo porque las mugeres nos atropellan? No nos defendamos ahora, é fumar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Solo ofrecemos en cambio á las dificultades de tiempo, que desde el año 58 de nuestra era, en presuponemos la vida de Santiago hasta el 42, en que anunció su muerte en Jerusalem, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) Tambien hay estrangeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la vida y predicacion del apóstol San Pablo. Pero de él se por fortuna tiene muy clarísimo testimonio. Su intencion de venir á España la manifestó al mismo Dios septuaginta veces en la Epistola á los romanos. *Como in Hispaniam profecti cogitavo, spero quod perueniam vobiscum vos*. Rom. XV. ver. 21. *Per vos profecturus in Hispaniam*, ibid. ver. 28. *De baleris malitudo certitibus*, San Juan Crisostomo en la homilia 15 sobre la Epistola á los de Corinto, y en la 3 sobre la segunda carta á Timoteo; San Jerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el cap. 5 sobre el poder de Dios; San Teodoro en el Comentario sobre la Epistola á los Hebreos, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España no es haber sido al fin de la vez vulgar, y fúese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarraconna, donde constituyese á biserto los comarcas y provincias, propiamente para predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental la habia hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en su libro titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1840.

(1) Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, constituyen la dignidad de la naturaleza humana, que la armonía de la sociedad debe basarse en que se hallaba unida. Discorso sobre el estado del universo y la especie del cristianismo. Solo Gibson se atreve á negar que fuese debido á la religión cristiana esta admirable mejora de la humanidad.

gloriosamente en el mártirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domitiano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del crucificado. En el segundo siglo imperando Marco Aurelio, y gobernando á Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Escudo y Primitiva en holocausto por la nueva fé, dejando con su valor y su constancia maravillosos á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (4). Los atletas de la fé se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fé de Cristo, fué en la horrible persecucion de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando hacíase ministro mas sanguinario y cruel que había tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios; entonces fué cuando España acreditó que vivían en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habían sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran tambien por sostener la fé una vez abrazada, cuando se intentaba arrancálos brutalmente la una ó la otra. Hombres, mugeres y niños desafián entonces con intrepidez el harbá del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la poblacion cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza porque fueron innumerables. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria unicloram martyrum* (2). La ciudad que había de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

Más no eran solamente mártires los que producía la nascente iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la heregia, la lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudición y con su lógica elocución, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defeciones y flaquezas insignificantes durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba tambien de ser el cristianismo la religion dominante, ni en España, ni en las demas provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro examen. Paganos eran todavía los emperadores; idolatría se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los segundones del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se justificaba ante los dioses de la multitud.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

CONCLUSION.

Unos cuantos días después pasaba por la Hoz una litera entulada rodeada de sacerdotes, páges, esclavos y soldados. Uno de estos había acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcalde del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero á donde Floriana tied la piedra, el soldado no pudo menos de decir al alcalde: la predicción que hay acerca de ese nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese por aquí viva ó difunta: el agujero quedó cumplido. El alcalde se sonrió; pero

corroboró la idea del soldado diciendo: en efecto, la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas mas adelante celebraba la grandeza en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer había principiado el banquete y á mas de la media noche no había concluido: se habían retirado los ancianos; los jóvenes seguían bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Vendonio y Frandila y el conde Evarico, amigos suyos con quienes había tenido largos coloquios durante el festín.

—Continúa, dijo Vendonio al príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa la romana era un ángel de Dios.

—Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos, porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habían oído el principio, lo preguntaban á los que lo sabían.

—Que hable alto para que todos oigamos, gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

—Cuando yo dije á mi padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre; mi padre me tomó la palabra y me juró que si echas con Floriana rigurosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decía, se rehabilitaría mi matrimonio con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre porque conocía muy bien el inmenso valor de mi esposa; despues temi las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazón demasiado fuerte, vais á juzgarme de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que había sido capaz de permitir su martirio. ¡Os reja como de una cosa estraña, inaudita os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de alzarse en el corazón de un hombre! yo os juro que Floriana merecerá que se tuviese ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que mientras las pruebas duraban, yo me mantendría siempre distante de mi esposa; á la verdad, si yo hubiera sido testigo de sus suarguras, á pesar de mi edad y promesas me hubiera hecho tracion á mi mismo repetidas veces. Se disolvió nuestro matrimonio; Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa española se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fué preso y conducido á Segóbriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaría con vida si consentía en ser su esposa.

—Su esposa exclamaron con asombro todos los convidados.

—Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaría la vida de mi padre y permitira que casasen las gentes de la raza goda con la celibérica.

—¿So prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

—Así lo dijo Froya á nuestro amigo Evedro en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

—Ya nos has convencido, replicó Frandila; mañana, hoy mismo, porque pronto ananecerá, vamos á proclamarte Rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

—A pesar, dijo Vendonio, de lo impolitico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos Reina gustosos.

—Si, si, gritaron todos á una voz.

—Decis eso, replicó el príncipe, porque no existe si viviera, pensarais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juro, lo juramos. Por la fé, por el honor, por nuestro nombre.

—Jurais, repuso el príncipe, que si viviera Floriana, no llevarais á mal que revalidase mi boda con ella?

—Si, si, si, gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, cubierta con un gran cortinaje, descorriólo de golpe y presentó á aquella joven entusiasmada la candorosa figura de Floriana, que puesta de pié, ruborosa y confusa esperaba el fin de la conversacion.

—Floriana vive, clamó el enamorado Recesvinto; vedla, ved á mi esposa.

—Viva, gritaron todos; viva nuestra reina!

(1) Acta pascuorum martyrum, etc.

(2) Prudent in *Uim Martir*, *Censur Aug.*—Actas de los Mártires.—Deponq. Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Irenéu, en el escrito que presentó á Escapulo, presidente de Africa, refirió como entonces se ejercía la persecucion contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos al o 7 donde hablando de las regiones que habían abrazado la religion cristiana antes el todo la nacion española.—*Monasterium martirum Hispaniarum omnia scripta, et Galliarum Liberarum nationum.*

(Sisberto había confeccionado un náutico para Floriana en lugar de un veneno y había dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Páramo disponiendo la manera de frustrar la sublevación tramada por el duque Froya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindavinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que era de una tez blanca, vestida de túnica y manto blancos también, tenía un no sé qué de celestial en todo el alarín de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. A aquella misma hora quisieron que se hiciera la proclamación de Recesvinto: hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del príncipe que se hallaba en la ciudad de la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante de la lealada donde juntos estaban orando. Toda la población que velaba solemnizada con bocanoras, bailes y cánticos la víspera del fausto día, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcón anchuroso y largo salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelates de Toledo y de Zaragoza, á los lados de estos y detrás en cuanto el balcón lo permitía, se apilaron los duques y caudillos de la nobleza gótica, los demás ocuparon los balcones inmediatos.

Entré riquísimos colores de graná y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipación de la raza española.

Gritos acordes de júbilo rompían los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batían las palmas: los mantos volaban arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindavinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo se hubiera de repente quedado desierta.

Godos ilustres, dijo el monarca, yo os he pedido que asociais á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

—Sí, gritaron las prínceres que se hallaban en el balcón principal, dijeron las que estaban en los balcones coliguos: sí, dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—Viva el príncipe, viva el Rey, viva Recesvinto.

Seguido el primer estrépito de aclamaciones, el obispo Braulio hizo señal de que había más que saber: el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

—Fieles que me oís, dijo con esforzada voz el obispo: hasta ahora por justos juicios del Todopoderoso ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido; desde hoy, mediante la realeza misericordiosa, no ha de haber más que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El Rey, el príncipe, la nobleza y la iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El príncipe Recesvinto, desposado antes con esta española que vive á su lado, renueva hoy su enlace con ella; la ley lo autoriza, la iglesia lo bendice, y yo me complazo en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su sexo; la más virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fue indescribible. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamor se distinguía la voz de *libertad* ya la de *igualdad*; ya los nombres de *Flavio* y *Recesvinto*; pero más voces y más claro resonaba el nombre de *Floriana*. Aquella esclava que habían visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo llevando la falda á Tendosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, había conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escuchados todos los balcones del pretorio, en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas los hierros de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellas el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y estos la fruición inefable que siente el corazón de donde ha salido una acción magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando el pie del balcón donde agrupadas las personas de los reyes, los palácicos y la hija del Valle, se reunía en un punto lo más sagrado que hay en la tierra: la fé verdadera y pura, el poder clemente y justo, la virtud heroica y amable.

Plazando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel día Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser nupcialmente desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detentaban los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso á sus abrazos, oprimidos por la muchedumbre. Existía en una capilla, que cogía al paso, la caja ó concha de un

corno magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el más preciado que un general de Recaredo fundador de la capilla había ganado al Rey de los francos Guntarimo en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas, hizo subir á Floriana en ella y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descendiéndola sobre el Rey sobre el príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el día en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, diademas y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha como había sentido el mal sin exceso, dejábase conducir avanzando una á otra mirada unida á los lugares que habían sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que enviaba de su alma á los pies del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigía: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE DEL AUTOR Ó OBSESIONADOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos; sus virtudes, su influencia en la suerte de España, y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrasira de San Hermenegildo: su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia; los monstruos nacidos para azote de la humanidad, inmortalizan su memoria.

El nombre de *Floriana*, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuela materna heredó en el año de 1806 de su hermano D. Julian Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la Iglesia parroquial de S. Antonio de la Florida, pareció un cartapeo de pocas hojas que tenía en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traducción de un códice latino que se descubrió, y pudo haber á las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga*. Al pié de la primera página, que como era natural principiaba con el título de la obra y decía: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado) escrita por Anacleto, *diácono de la iglesia episcopal Segobrigensis en la Celtiberia*, se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero. *Es obligación mía divulgar este escrito, por lo que en el se refiere del sitio donde fue fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza Valparaiso de abajo, distante 2 leguas de Cabeza del Griego*. Desde que muertos mi abuelo y padres vinieron á mí poder algunos escritos de mi tío D. Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y esquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto, pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia á cuyo texto me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de éste y por lo que conviene á mi propósito, reproduco aquí la introducción á la letra.

«Hijo el cuerpo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo humilde de la santa Iglesia episcopal de Segóbriga, me propongo escribir compendiosamente las hazañas probas y merceditos insignes de la servidora Reina *Flavia* española de linaje, cuyos virtudes ofuscaron la gloria de todos los santos reyes de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguno de sus ilustres sucesores. Y en señal de ver la admiración que por todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos conquistadores nuestros; pero confundidos ya con nosotros, profesamos á la gran princesa restauradora de un pueblo, he resuelto que siempre que el augustísimo nombre de... aparece en este libro (y como no lo he dejado, sus letras están escritas con brillantes colores y labor tan delicada y propia como la que he empleado en el anterior) me contenga de los sucesos que tanto hechos como escribiendo de esta santa Iglesia... En cuyo propósito, que cumpla, Dios ayudante, siempre que mi vista, haré fe del libro ya tiempo, me lo permitiere, como así. En el año 686, etc.

Bien fuere porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece que se lo enseñaba; bien fuere porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara más adelante; bien porque le faltase tiempo ó vida para cumplir su designio; ello es, según advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina, siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera; el cronista debió dejar para la última aquella letra por ser más delicada; no llegó á principiarse; y la Reina por consiguiente se quedó anónima para la posteridad, porque aquella Reciberga que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fé á otros, la fué de su padre.

Originalo á mí lo más circunstanciado con que se verificó el bautismo de la princesa; las cuales justifican el título que lleva la obra.

Procedo como profesor (escribo en sus págs) de un nombre supuesto á un personaje verídico há respetable, pues el origen se mece de la Providencia.

Tomé el Martirologio romano, impreso en Roma en 1685; llamo á la hija de mi hermano, María, una de pocas años que aun no sabia leer entonces, y le entregé el libro examinándole el índice por donde surgen los martires; y al cabo de la vida á su modo, introduciéndole el índice por la página 251 y los dedos restantes por la 284. Preguntóle entonces cuál de las dos paginas me designaba; y le contestó con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Él se rió entonces con sorpresa que en los dos puntos donde señala los dedos, en ambas paginas habia dos santos de un mismo nombre, San Floriano marítim, de quien se hace mención á 20 de mayo, y San Floriano pátrio tambien, de quien se hace mención á 17 de diciembre. Este misterioso coincidir me ofreció; de suerte que me persuadí con toda certeza de que por divina permisión habia señalado el propio nombre de la esposa de Isaacarintó, abuelo, padrino del gran Pelagius y un escrupulo ninguno plantó á mi traducción por título *Historia de la reina Flaviania*. Corré poco despues el nombre, porque una reliquia me agió toda el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso; acordé que tenemos en España la palabra *falana* para indicar anephoras cuyo nombre se ignora ó omite, y descurrido sobre la etimología de la *v*, me ocurrió la especie siguiente. En Eneas, *Frades*, *Frotones* y *Frotones* que tal es uno abundan muchos en Asturias en el tiempo de la restauracion y siglos inmediatos; quiza como ahora, porque abundan los *Padres*, *Hermanos Pedro Fernandez* á cualquiera llamaban entonces en *Provincia* á todo desconocido; y de aqui mas adelante se formaría el *falana*. El *Escritorio gótico* probablemente será el *Flaviania* latino; y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre destas heróinas, puesto que en son se lo ha podido explicar una supuesta. *Flaviania* en nuestro país no es nombre, sino cualificación indeterminada por el nombre que se desconoce; de modo que titular este escrito *Historia de la reina Flaviania*, equivale á escribir *Historia de la reina Doña Falana*, en decir, una *Reina sin nombre*.

FIN.



(Los platos del invierno en Rusia.)



(Los platos del invierno en Rusia.)

LA BARAJA INTERPRETADA.

ANECDOTA INGLESA.

Estábase celebrando el servicio divino en la Iglesia de Glasgow, cuando Ricardo Middleton, soldado raso, que asistia á él con la mayor devoción, en lugar de sacar del bolsillo el ejercicio cotidiano ó cualquier otro libro devoto para buscar como sus compañeros las oraciones propias del caso, extendió delante de él una baraja. Esta conducta singular llamó la atención del sacerdote celebrante y del sargento de la compañía, el cual ordenó á Ricardo que guardara la baraja, pero habiéndose negado éste á hacerlo, le condujo el sargento al salir de misa, ante el magistrado principal de la ciudad, y dió queja de la conducta inconveniente del soldado. «Qué excusa puede usted dar, le preguntó el juez á no proceder tan extravagante y escandaloso? Si tiene V. razones legítimas que alegar, le escucharé; pero de lo contrario, está V. seguro de que le haré castigar severamente.»

pero solo uno se lo agradeció; el diez los diez mandamientos de la ley de Dios. En segunda como Ricardo la soltó (2), y la puso aparte, pasando despues á la reina (3), continuó: «Esta reina me hace recordar á la reina de Saba que vino desde el extremo del mundo para admirar la sabiduría del rey Salomon; y el rey me hace recordar al rey de los cielos y á nuestro monarca Jorge III.» — «Muy bien, dijo el magistrado, me ha dado V. una explicacion satisfactoria de todas las cartas menos de la cota.» — «S; V. S. tiene á bien no incomodarme conmigo, lo esplicaré esta carta con la misma oportunidad que las demas.» — «No por cierto, no me enfadaré.» — «Pues bien las solas son las picares, y el mayor de todos es el sargento que me ha traído á presencia de V. S.» — «No sé, dijo el juez, si es el mas picares, pero al menos es el mas tonto de nosotros dos.» — «El soldado prosiguió: «Cuando cuento el número de puntos que

1. Seis peniques ingleses que equivalen á 21 cuartos españoles.
 2. Llámase en ingles la sola *Queen*, y significa esta palabra carta á picares.
 3. La *baraja* inglesa como en la francesa, se llama de un caballo; los tres reinos

morease las cartas halla un total de 365, igual al de los días que tiene el año; cuando cuestra el número de cartas, hallá 32: estas son las semanas que tiene el año. Cuando cuento el número de bacas, encuentro 12 que son los meses que hay en el año. Ya vé V. S. que mi trabajo es para mí al mismo tiempo una libria, un libro de oraciones, y un almanaque. Escusado es decir que fué perdonado Ricardo, y que recibió del juez una buena propina.

De la edición-principo de la Historia de España del P. Juan de Mariana, fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusión de Monfort y de Tharra, y de todas las impresoras que ha tenido y tiene el mundo.

ARTICULO I.

Pues aconteció que amanecieron un día embandernadas las esquinas de toda ciudad y toda aldea en los anchos confines de las Españas, y todo el que tuvo ojos para ver y ciencia para deleitear cartelones, topó con un anuncio que era buena abreviatura y compendio venia á decir lo que acabamos de poner por título y epigrafe de este artículo. La venta de correos subió notablemente aquel mes con los productos de tanta *fará* de prospectos como fueron á invadir (puéva y voraciísima langosta!) las arcas y bolsillos de estos buenos y á veces simples moradores de nuestra tierra. No hubo calle ni plaza adonde no pregonarán *la buena nueva*, el evangelio de los señores Gaspar y Roig; algunos de sus amigos, no movidos del tanto por ciento de ganancia, no deseando suscripción numerosa para hacer ricos á los editores-gemelos, ni queriendo tampoco dar eso que ahora llaman *puff* á las gentes, sino ansiosos por traer mas renombre á Mariana, mas gloria á España, mas envidia y admiracion al universo. Ni faltaron algunos de ellos que condolidos al ver incompleta y manca la obra del gran padre Mariana, se ofrecieron á corregirla y continuarla. Toda la España literaria y artistica se puso en movimiento; allí fué el rebuscar y compendiar *homeopáticamente* los apellidos y notas de otros editores menos famosos, allí el copiar á diestro y siniestro trages y máquinas de guerra, que acaso para los cartagineses se tomaron de libro extranjero que figuraba á los francos, y acaso para los godos se imitaron y diluyaron de aquellos valientes Cruzados que á la voz de Pedro el Ermitaño se levantaron de sus tierras para rescatar á Jerusalén. Decía un fabulista francés para defender ciertos burlós que debia á la literatura española que aquello que se toma de los extranjeros no ha de llamarse robo, sino *conquista*. Pues dando por buena la sentençia del fabulista, nadie podrá negarnos que Alejandro y Cesar y Thames-Khoulis-Kan fueran pueriles infantiles ó niños de *lela*, como dice otro, para medir y comparar las suyas con las conquistas que para su obra hicieron los señores Gaspar y Roig entre propios y extraños.

Peró (¡quénta conjunción adversativa!) murieron los cartolones y nacieron las entregas y tomos de la nueva edición y *edición-principo*, salida á luz en mal hora para tantas docenas de ediciones anteriores. En vano aquel triste de Monfort publicó los tomos de su nombrada edición de Valencia; todo aquel mérito tipográfico lo eclipsaron los Sres. Gaspar y Roig con la incomparable tipografía de su edición novísima. En vez de ser algún escrupuloso que la edición de los Sres. Gaspar y Roig es de mal gusto y en nada comparable á la de Monfort y otras por la poca-guarida de los caracteres, la ridícula estereotipia de las imágenes, lo sobrado ancho de cada página, y el sobrado largo de ellas, y otros peros por el estilo; mas lo cierto es que los editores gemelos, han dado y declarado su edición por la mejor de todas, y siendo ellos hombres de verdad no es de sospechar siquiera que hayan pretendido engañar al público con ninguna insignia mentira. Otros mal intencionados podrán decir que las pocas notas que contiene la obra están malamente extractadas de la edición de Sabau, habiéndole aprimido muchas que si no absolutamente las que *son*, eran sin duda de las que mas importancia tienen; pero á bien que los señores Gaspar y Roig dan por *enriquecida* de ellos la historia de Mariana con *notas históricas y críticas*; y no es posible que néguemos del todo al todo cosa que tan graves personas afirman. Para confusión de maliciosos, para vindicacion de la obra de los señores Gaspar y Roig, para que conste y se de por cierto de hoy mas que con efecto su edición del Mariana es tal *edición-principo* y que con ella han levantado un monumento de gloria al célebre jesuita y á la nación española, vamos á dar vuelta por algunos capítulos y á recorrer algunas páginas, comenzando por la vida del autor. Era de suponer que el biógrafo y los editores del Mariana defendieran al docto y elocente jesuita de las imputaciones falsas y de las apasionadas críticas que se le han dirigido en los últimos tiempos. Su historia, así por la elocente, castizo y clara del estilo, como por la buena disposicion de las partes, las profundas maximas y sentençias que lleva mezcladas en la narracion, otras cualidades de tan alto precio como estas, habrá de ocupar

siempre lugar de preferencia en la biblioteca de todo estudioso y amante de las cosas de España. Pero aun no es lo hermoso del estilo ni lo grave de la sentençia el mérito mas grande que hay que atribuir á Mariana en la composicion de su obra. Cuantos hayan tenido ocasion de compusar antiguos cronicones y papeles viejos pueden haberse maravillado al contemplar cuán rigorosamente escada de ellos está la narracion de Mariana. El extracto y presentó bajo una forma mas elegante y mas noble, con conciencia las largas páginas y la multitud inmensa de noticias esparcidas por aquí y por allá en los historiadores latinos de la república y del imperio, en los narradores godos que, aunque con brevedad, nos dan harta noticia de las cosas de su tiempo, en los pergaminos ocultos durante algunos siglos por los monasterios y catedrales; en los cronistas que ya forzando en sus obras todo lo general de España desde las mas remotas edades, ya ciñéndose á contar los hechos de una provincia ó ciudad solamente, ora describiendo campañas de dentro de la península, ora narrando las acontecidas del otro lado del mar, se multiplicaron, abundando mucho, en los tres siglos que le precedieron. Parece nimia á veces la exactitud con que ajusta su relacion á las páginas antiguas que extrae, pero mas bien merece á maravilla y sale sin querer la alabanza de los libios al mirar cuánto trabajo, cuánta constancia, cuánta vigilia hubo de costarle por esta traza el componer su historia.

En estos y otros razonamientos semejantes se cifra la justificacion y defensa de Mariana contra sus imprudentes detractores. Ninguno de ellos podrá negar que el juicio de Mariana fuere *grande* para distinguir y separar el error de la verdad. Allí donde el célebre jesuita encontró dos versiones de un mismo suceso eligió casi siempre la mas *verosímil*, la mas fundada. Ni podia pedirsele mas. Era arriesgado y ageno aun del juicio severo de Mariana, y de su propia conciencia desquitar con hipótesis mas ó menos aventuradas, con razonamientos mas ó menos ajustados á la exactitud lógica lo que hombres de gran seto, y autorizados los mas de ellos habian dado y transcrito como cierto en sus libros. En los días de Mariana el cristianismo llemba de té la tierra, y era imposible que él, católico y mas aun sacerdote de aquella religion santa, se levantase y clamase contra las creencias de todos los escritores que le precedieron en tal camino, y antepusiera un juicio escéptico fundado en su propio orgullo, al juicio venerable siempre de la antigüedad. Si quieren decir los detractores de Mariana que no tuvo valor para romper enteramente las trabas de la autoridad, no hay por cierto que defender á nuestro autor de semejante cargo; dentro de los limites de lo justo fué acoso el pensador mas libre de su siglo; fuera de aquello que entonces no lo era, ni pudo, ni quiso, ni debió echar á volar su pensamiento. Un siglo entero de revolucion en las ideas y otro de revolucion en los hechos han venido á poner al género humano en muy diversa situacion que estaba cuando vivió el padre Mariana. Hemos sustituido un criterio á otro criterio, hemos puesto en lugar de la razon antigua una razon nueva, que aun se duda, y no sin motivo por cierto si es superior á la otra.

Algo de esto que hemos apuntado, y perdonese nos que nos hayamos dejado distraer del amor á las cosas de España y al hombre ilustre que levantó para ella monumento tan alto, algo de esto, repetimos, hubiéramos querido ver, ó mas bien hemos echado de menos en la biografía de Mariana que vá de introduccion á la edición de los señores Gaspar y Roig. En el estado que alcanza la critica, y en el punto de duda á que ha llegado la reputacion de Mariana, para hacer una *gran edición* de su historia era de obligacion manifiesta el poner al frente de ella un estudio severo y concienzudo que así revelase las bellezas de la obra esculpidas para muchos, como colocara los errores bajo su verdadero punto de vista, combatiendo y refutando las amargas diatribas de algunos críticos modernos. Pero por el contrario, nos hemos encontrado con una biografía que en nada se parece por cierto á las de Platarco, y algunos párrafos superficiales y en poco castizo estilo con que se pretende llenar el vacío que nosotros, mas largamente, dejamos señalado. Casi toda la defensa de Mariana se reduce en la edición de los Sres. Gaspar y Roig á llamar al célebre Carlos Romey « injusto, avaro y el mas desautorizado de los censores de Mariana. » Lo de injusto no nos admira, solo que en nuestra opinion falta el haberlo probado, como pudo y debió el biógrafo; lo de severo es cierto; pero llamar *desautorizado* á uno de los hombres mas ilustres y mas sabios que han tratado de las cosas de la España, es injusticia notoria, si ya no es que podamos apellidarla ignorancia. Carlos Romey, como otros muchos críticos de su nacion y de su época, es injusto, sobradamente injusto con lo pasado; pretende ajustar vanamente á su criterio las concepciones y los hechos de hombres y siglos que se encontraban en muy diversa situacion que él. Pero de aquí á negarle que sea uno de los escritores mas autorizados en materias españolas, vá una diferencia grande, como nunca el amor pátrio debió ocultar, al biógrafo de Mariana. Tras de esto el mismo

biógrafo acusa á Mariana de no haber tratado de las cosas de los árabes con toda estension, y aun de haber olvidado muchas veces las mas simples nociones de sus leyes, costumbres y organizacion civil. De todas las impugnaciones que han hecho los estrangeros á la historia del Padre Mariana, ninguna nos parece ni mas injusta, ni mas impropia, que esta que prohibe quien pretendió enseñar sus errores en la nunca bien ponderada edicion que vemos recorriendo. Ya sabemos que el argumento y la impugnacion no pertenecen al biógrafo, le acusamos de haberlos prohibido tan simplemente. Para nuestros padres, los árabes no fueron nunca españoles, sino solo un pueblo estrangero que ocupaba y tiranizaba tierras de España. Exigir al padre Mariana que hubiera tratado de las cosas de los árabes como de las de los cristianos, porque se encontraban y peleaban en un mismo terreno, vale tanto como decir que el Conde de Toreno, y cualquiera otro historiador de la guerra de la independencia, debió de tratar de las cosas de Francia como de las nuestras, dada la usurpacion casi completa de nuestro territorio. Los árabes eran para nuestros antepasados un ejército enemigo, acampado siempre en sus campos y posesionado de sus fortalezas; aquellos pueblos no eran hermanos, aquellas nacionalidades, como ahora se dice, nada tenían de comun, y el escritor castellano lo propio, á mas sin duda que de los hechos de los árabes, pudo tratar de las instituciones y los hechos de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia.

Algo más fundada habria parecido la critica de los escritores estrangeros y del novel biógrafo de Mariana si se hubieran fijado en el error en que dejó á veces el padre Mariana las cosas de otros reinos mas allegados á nosotros que los árabes, como que eran hermanos nuestros y profesaban el propio culto y tremolaban la misma bandera que nosotros en los combates. Navarra, Aragon, Cataluña, Portugal y otras provincias tuvieron príncipes é instituciones que Mariana olvidó tanto ó mas que las cosas de los árabes. Pero tanto para esta como para la otra objecion hay que tener presente el alto pensamiento que tuvo Mariana en la composicion de su obra. Allí la unidad es Castilla, la idea de la superioridad que al fin alcanzó en los dias prósperos del siglo XVI se nota y advierte desde los primeros pasos. Todo lo que acontece en los demas reinos de España viene á servirle al historiador como para mas aclarar y poner de manifiesto la marcha triunfal de Castilla por enmedio de los siglos, y cuando le viene á cuento para ello trae tambien á colacion los sucesos de las naciones estrangeras puestas del lado allá de los Pirineos.

Y al tratar de omisiones haremos notar una cosa que en nuestro segundo artículo habrá de verse mas de manifiesto: Si los señores,

Gaspar y Roig querian publicar una edicion del Mariana nada menos que *completada y enriquecida con notas históricas y criticas* (por qué no repararon semejantes omisiones?) y ¿por qué no pusieron la obra en el punto que exigen de ella las necesidades y las opiniones del siglo? ¿Por qué el biógrafo que acusó al célebre jesuita de no tratar bien de las cosas de los árabes no puso y añadió á la nueva edicion en lugar de tantas notas inútiles algunas que revelasen los profundos conocimientos que tendrá sin duda en las historias que los mismos árabes nos dejaron escritas? Bien pudieran haber aprovechado para ello los estudios de ese mismo Rumeu, á quien ora llamar desautorizados; buena materia le habrian dado los escritos de Gayangos, de Dozy y otros célebres orientalistas. Pero este asunto de las notas que faltan y de las notas que hay, requiere mas estension y es digno de que le tratamos en artículo aparte, ya que fué tanto el escándalo y tales las ponderaciones de los señores Gaspar y Roig sobre su edicion de la historia de Mariana, que nosotros y con nosotros muchos de sencillez y bondad de corazon llegaron á pensar que se trataba de hacer una verdadera edicion príncipe, así por la nunca vista riqueza tipográfica, como por lo sábio, grave y estenso de las anotaciones criticas que hablan de acompañarla.

Sola diremos para concluir este artículo que desde la portada está revelando la nueva edicion cuán poca conciencia se ha puesto en ella. Allí se dice que es la *comendada y añadida* por Mariana, sin cuidarse de que se encuentren en tal caso nada menos que tres ediciones sus de 1608, otra de 1617 y la última de 1625, publicada tambien en vida del autor y corregida por él.—Sobre cuál de estas correcciones merece mas fé ha andado discordes hasta aqui los eruditos, pero los nuevos editores sin pararse en *palabras* han dado por resuelta ya la cuestion, sin dar siquiera satisfaccion de su conducta.

SOLUCION DEL CROFOLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 42.

En boca cerrada no entran moscas.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el número próximo recibirán nuestros lectores un nuevo prospecto del SEMANARIO, de LA ILUSTRACION y de un periódico diario que vamos á fundar, para hacer un ataque á nuestros suscritores que le recibamos gratis.

